

# La Moral del Hombre Libre\*

**Shirley Robin Letwin\*\***

*\*\*Doctor en Filosofía, Universidad de Chicago. Profesora en la Universidad de Cambridge, Peterhouse. Ha enseñado en las Universidades de Harvard, Brandéis, Chicago y London School of Economics.*

\*Originalmente este trabajo apareció bajo el título "The Morality of the Free Man", en el volumen 3 de la serie *Champions of Freedom*, editado por Bárbara J. Smith, y publicado por Hillsdale College Press (Michigan, 1976), quien autorizó su edición.

## **La moral del hombre libre**

**Shirley Robin Letwin**

Por supuesto, todos nosotros creemos en la libertad, y todos creemos en la moralidad. Pero conciliar ambas cosas es más problemático. Pensamos en la moralidad como algo parecido al Dios del colegial de C. S. Lewis, que decía: "Dios es el tipo de persona que siempre está observando para ver si alguien lo está pasando bien, y así luego tratar de detenerlo". Como la libertad es el tipo de persona que nos dejaría hacer lo que quisiéramos, un matrimonio entre ambos no promete ser muy duradero.

La incompatibilidad de dicho matrimonio es especialmente perturbadora para aquellos que defienden la libertad y que, a la vez, consideran las restricciones que impone la moralidad como esenciales para la libertad. Ellos pueden ser fácilmente desconcertados con la pregunta: "Si Ud. cree en la importancia de la moralidad, ¿por qué no propicia mayores y mejores regulaciones por parte del gobierno que nos transformen a todos en el mejor tipo de persona, en vez de luchar por la libertad en contra de las regulaciones?"

Estas dificultades son más serias de lo que parecen. Surgen por intentar defender la moralidad equivocada, una que realmente no es compatible con lo que nosotros pensamos como libertad.

La moralidad que nos vemos inclinados a sostener cuando defendemos la disciplina, el orden y normas civilizadas, es una que hemos heredado de filósofos antiguos. La hemos aceptado inconscientemente, pues el cristianismo estuvo entrelazado desde muy temprano con ideas derivadas de estos filósofos, que eran irresistibles pues explicaban muy bien la condición humana. Sólo a partir de la Reforma, se han reconocido las dificultades para conciliar las creencias judeo-cristianas con los conceptos fundamentalmente paganos en que se había basado la teología cristiana.

- Sin embargo, los cristianos, junto a los ateos de todas las sectas, siguen pensando hasta hoy día con un vocabulario derivado de esta moralidad pagana.

Nos ha enseñado a vernos como un ser inestable, una amalgama precaria de espíritu y materia, divinidad y brutalidad, razón y pasión. Y, de esta manera, la perfección moral pareciera consistir en asegurar el triunfo de nuestra parte racional o espiritual sobre lo material o animal.

Lo que hace a este tipo de moralidad tan problemática para el hombre occidental moderno es su antagonismo con una aspiración que ha cultivado con especial énfasis: el tener su individualidad reconocida y respetada. Esta es la ambición implícita en la conversación sobre la libertad que preocupa al mundo moderno. Pero en la moralidad pagana, que esos mismos hombres modernos también adoptan, la individualidad no puede ser otra cosa sino un defecto. Es un síntoma de poca espiritualidad o de desunión con el principio espiritual rector del cosmos. El individualismo se transforma así en un sinónimo de barbarismo y egoísmo, y en la medida que los hombres alcanzan la perfección moral, se espera que pierdan su individualidad. No es muy sorprendente que distinguidos y educados defensores de la civilización occidental hayan llegado a la conclusión que para cultivar la moralidad debemos renunciar al individualismo, que ellos describen como egoísmo e interés propio. Por otra parte, aquellos que no disfrutaban con la idea de transformarse en espíritus puros se sienten obligados a renunciar a la moralidad.

Sin embargo, tenemos una alternativa disponible. No es del todo desconocida. A pesar de ello, no ha sido distinguida claramente de la otra moral opuesta que hemos heredado. Y el fracaso en reconocer el antagonismo entre ambas moralidades ha producido una confusión política y moral. Descuidadamente hemos plasmado partes de cada una en un *collage* que luce bastante bien hasta que las preguntas nos obligan a advertir que el cuadro hecho con nuestras tijeras y pegamento no es más que una confusión.

La moral alternativa que debemos aprender a entender se desarrolló en Inglaterra. Ha sido el sostén de las instituciones políticas por las que Inglaterra ha sido justamente admirada, y que los colonizadores de Norteamérica tan sabiamente recogieron y perfeccionaron, aunque usando a veces palabras extrañas. Estas son las instituciones que consideramos las instituciones políticas de los hombres libres. Pero la moral que hay tras ellas creció y se perpetuó inconscientemente, y ahora que es blanco de un ataque concertado, aun sus más fervorosos partidarios no saben cómo

defenderla. La mejor manera de describirla es como la "moralidad del caballero", pues se asocia con el fenómeno que por largo tiempo ha sido reconocido como la peculiaridad más importante de Inglaterra.

El significado original de la palabra "caballero" era de hombre "libre", distinguiéndose éste del hombre "liberado" o de un siervo. Este concepto fue elaborado gradualmente en una comprensión de la conducta humana que puede satisfacer genuinamente las aspiraciones del hombre moderno para tener una individualidad plenamente respetada. Sin embargo, una exposición detallada y coherente sólo puede encontrarse en la concepción de la moralidad del gentilhomme que brota de los novelistas ingleses, desde Richardson y Fielding hasta Jane Austen y Trollope. Sin embargo, dicha concepción aparece totalmente implícita en la presentación de los personajes y en la forma en que éstos son juzgados.

Trataré de hacer explícito lo que estos novelistas dieron por supuesto, intentando bosquejar las premisas de su léxico moral. Es este léxico el que debemos reestudiar deliberadamente si pretendemos pensar coherentemente como hombres libres y responder los desafíos de aquellos para los que la libertad no tiene sentido. Ya que, a menos que tengamos claro cómo el hombre moderno entiende su conducta moral y cómo ordena su conciencia privada, nuestra defensa de ciertas instituciones y políticas será un falso melindre, puesto que carecerá de cualquier contenido personal.

La base de la moral del caballero es su idea del ser humano como un todo concreto, único y racional. Esto significa que no supone que el ser humano consiste de partes superiores e inferiores. No son almas aprisionadas en un cuerpo, o cualquier otro tipo de espíritu falsificado luchando por purificarse. Una forma común de resumir esta visión del hombre es decir que cada uno tiene un alma inmortal que debe cuidar. Pero la muy recordada conclusión que el hombre es esencialmente espiritual, es ajena al caballero y más aún si éste es cristiano. Ya que el aspirar a la espiritualidad forma parte de una visión pagana del universo que el caballero rechaza y donde no hay lugar para hombres que aspiran a la individualidad.

Cuando el caballero identifica al ser humano con el "alma inmortal", lo que quiere decir es que el hombre no debe ser considerado como parte de un algo superior. Un hombre no es la divinidad rota ni el modelo de una especie; cada individuo es una especie en sí mismo. El valor especial es igual de cada hombre

consiste en su capacidad de reconocerse a sí mismo como un ser cuyo destino sólo le pertenece a él. La inmortalidad a la que puede aspirar no es la de un espíritu delictual restaurado en su perfección original, sino la de una criatura esencialmente mortal a la que Dios puede dispensar la vida eterna después de la muerte.

Esta idea del ser humano fue introducida por la religión judeo-cristiana. No es exclusiva a quienes aceptan dicha religión. Pero se deriva de ver al hombre como una criatura de Dios, quien es el Creador de todo lo que existe, quien es la fuente del ser y no sólo un principio racional y ordenador. En el antiguo universo pagano, donde la divinidad es un principio ordenador y no uno creador, el hombre comparte la razón de Dios. Pero las criaturas del Dios judeo-cristiano no gozan de ningún parentesco con él. Fueron hechos de la nada y no heredaron parte alguna de la naturaleza divina. Por lo tanto, el hombre no tiene nada en común con Dios. Su relación con él no puede estar basada en el conocimiento o la simpatía, sino sólo en la fe, la obediencia y el amor.

La consecuencia de esta visión del universo es que su orden nunca podrá ser transparente para la razón humana, ya que el hombre no puede saber cómo o por qué él llegó a ser. Luego, la vida humana está rodeada de un misterio impenetrable. Los seres humanos no tienen acceso a la verdad universal y necesaria. Pero existen dos compensaciones por el cultivo de tal modestia que son cruciales para los hombres que se preocupan de ser respetados como individuos.

Primero, la concepción cristiana de la comunión entre el hombre y una divinidad que es un ser completamente extraño e incomprensible, introdujo una idea revolucionaria en la civilización occidental. Sugirió que podía haber una relación que para los filósofos paganos era incomprensible. El Cristianismo enseñó a los europeos a concebir una asociación libre entre seres separados que no están conectados por la simpatía o el conocimiento personal y que nunca podrían ser reducidos a una unidad. Este nuevo tipo de relación ha hecho posible suponer que los seres humanos pueden asociarse unos con otros sin pasar a llevar o reprimir su individualidad.

Segundo, en esta visión de un universo misterioso desaparece el conflicto entre racionalidad e individualidad. Ya que la razón toma un nuevo carácter. No es una chispa divina en el hombre, sino una cualidad puramente humana. La razón se transforma en una capacidad para moldear y transformar sin límite la experiencia humana a través de la creación de nuevas interpretaciones y respuestas. La razón, en vez de ser un barniz de espíritu sobre una

base de pasión o brutalidad, permea necesariamente todas las actividades de cada hombre en plena posesión de sus facultades. En el hombre no hay partes superiores e inferiores, y la razón no puede estar en conflicto con alguna parte de la experiencia, pues constituye toda la experiencia.

Aunque todo hombre debe alimentarse para sobrevivir, su razón lo enfrenta inevitablemente a ideas de formas alternativas de hacerlo: ya sea cazar o pescar; llenarse las tripas o hacer de comer un arte; esforzarse para sobrevivir o elegir la muerte. Incluso si un hombre elige actuar igual que los animales, existen alternativas que ha rechazado. Y las posibilidades descubiertas y elegidas pueden ser distintas para cada ser humano, no por algún defecto o mal, sino porque aun en una pieza vacía cada hombre puede interpretar y responder ante su experiencia en forma distinta. Siempre podrá descubrir una nueva faceta o hacer una nueva asociación. Lejos de entrar en conflicto con la individualidad, la razón es la fuente de ella.

En el universo del caballero, lo que constituye la condición humana es la capacidad que la razón le da al hombre para inventar nuevas alternativas, junto con la imposibilidad de descubrir límites para la imaginación más allá de la vida, puesto que allí reina el misterio. Ya que una vez que la naturaleza pierde su carácter racionalista, una vez que la naturaleza ya no contiene un principio divino o de orden racional, ella sólo puede poner condiciones; no puede proveer una medida de lo que es correcto o incorrecto, bueno o malo.

Esto significa que todo lo que se habla de los derechos o funciones naturales no tiene sentido en la moralidad del caballero. De cierta manera, el objeto de la moral del caballero es aquel de todas las otras morales: descubrir alguna permanencia en una existencia donde todo es efímero. Pero la permanencia que se busca es distinta. Es la conquista de la siempre cambiante incertidumbre de la existencia humana, no renunciando a ella, no tratando de detenerla o descubriendo alguna certidumbre fuera de la vida humana, sino desarrollando una manera estable de enfrentar los cambios.

Esta estabilidad es lo que el caballero llama "integridad". Y es el único tipo de objetivo para una conducta moral compatible con el respeto a la individualidad. En las morales tradicionales se espera que una vida bien ordenada traiga satisfacción. Ya sea que estas morales recojan explícitamente una alianza con la metafísica pagana, o se desarrollen a partir del llamado sentido común, ellas identifican la realización personal con el cumplimiento de una

jerarquía de capacidades dada por la pertenencia a una especie, a una función en el todo social. Pero para hombres que no forman parte de nada, la satisfacción no puede ser la medida de sus vidas. Ella es reemplazada por la integridad.

El hombre puede estimar la obligación de lograr la integridad como algo que Dios espera de él, o simplemente puede tomarlo como el postulado incuestionable en su vida. Aun cuando puede llegar a reverenciar la integridad, lo que importa es que él está tratando de alcanzar un orden que es personal y no genérico. En último término, éste le pertenece sólo a él. En consecuencia, el esfuerzo por alcanzar la integridad no puede oponerse o amenazar de forma alguna la individualidad. Como la moralidad basada en la integridad puede reconciliar el orden con una peculiaridad, ella es la moralidad del hombre libre.

Pero el concepto de integridad es difícil de entender, y no sólo porque es fácilmente confundido con ideas tradicionales opuestas. Aun cuando es obvio que la palabra "integridad" sugiere un tipo de unidad total, lo que la hace peculiar es que es un todo sin paíes o límites.

Podemos asignar cualidades a la integridad humana o dar ejemplos de ella al describir su carácter. Pero tal como cuando aprendemos a apreciar una pintura nos fijamos en los detalles para así apreciar algo más allá de ellos, la integridad es una cualidad que trasciende cualquier característica. No podemos encontrar la integridad al final de un análisis, hacer un inventario o producir una fórmula o programa para ella. Es una unidad que permea y se muestra en todos los rasgos humanos, pero que no está constituida por ninguno de ellos. No hay partes para la integridad.

La integridad tampoco tiene límites, pues es un todo en cambio constante. Como siempre pertenece a un hombre particular, tiene un marco finito y aun así esto no es un límite fijo, ya que es constantemente revisado. Uno puede describir la integridad como una unidad dramática, no porque consista en jugar ciertos roles o hacer algunas acciones, sino porque tiene un movimiento predeterminado.

Esta unidad en permanente movimiento es posible por la conexión que existe entre los pensamientos y acciones del hombre. Esto no significa que todo está ligado a un centro fijo. La idea que nos muestra como poseedores de una "personalidad esencial" que, tal como Lionel Trilling dijo, "está siempre tratando de cruzar la identidad pública estándar", no tiene sentido para el caballero. Pues éste no se ve a sí mismo como una "naturaleza" fija que es impuesta, reprimida o enmarcada por alguna fuerza exter-

na. Su yo es producido por él mismo. Sin embargo, un hombre de integridad no ve de pronto las cosas en forma diferente cuando escucha una nueva opinión. No está a disposición de cualquier voz, ya que tiene una forma regular de recordar, distinguir, comparar y reconciliar. Encontrando su propia manera de acomodarse a los cambios permanentes, el caballero obtiene permanencia sin *rigor mortis*. Es adaptable sin ser blando.

Aun cuando pueda sorprender a aquellos aficionados a la morales más tradicionales, su veneración por su particularidad e independencia le permite al caballero hacer más fácil el vivir con los demás. Ya que él no identifica individualismo con aislamiento, absorberse en sí mismo, o competencia. Aun cuando su integridad le da una voluntad que le es única, cree que son lunáticos todos aquellos que piensan ser una ley en sí mismos, que pueden vivir en el vacío o crear algo de la nada. El caballero entiende la forma de convivir con los demás y ser necesariamente dependiente de otros. Y no ve incompatibilidad alguna entre dicha dependencia y su independencia o autosuficiencia.

Se considera a sí mismo como el heredero afortunado de un estado rico y muy cultivado, y no ve razón alguna para evadir los caminos ya marcados o para reñir con los guías que pueden mostrarle los peligros ocultos. El caballero sabe que si se comporta como si fuese el primer hombre que sale del Paraíso, tendrá éxito en convertirse en el último bárbaro.

Como su mente no está llena de modelos a los cuales el mundo debe ajustarse, no hay nada de sí mismo o de sus circunstancias que considere como una desviación de alguna perfección natural. Esto lo dota de cierta indiferencia frente a sus limitaciones. Cuando descubre que al saltar desde una ventana se caerá y no podrá volar, no tiende a concluir que una fuerza malévola lo ha puesto bajo un hechizo que debe luchar por destruir. Sus logros, así como sus desventajas, son simples hechos sobre los cuales él debe hacer su vida.

Básicamente es un ser esperanzando, pero no porque crea que todo es para bien en el mejor de todos los mundos. Más bien, su esperanza se debe a un agudo realismo. Cree que la única certeza que tiene el hombre es que ni las bendiciones ni las maldades de hoy pueden durar para siempre y, aún más, que ni siquiera pueden verse en el futuro tan buenas o malas como se ven hoy. Nada es tan sólo lo que parece en el momento, y las consecuencias de las acciones tienen siempre un alcance mayor al presupuestado, ya sea para mejor o peor. La desesperación es



pecaminosa, porque refleja una certeza insolente que confunde al humano con una existencia divina que no cambia.

Los intentos heroicos no son desplazados. El hombre que sufre vértigos al mirar hacia abajo desde una pared de tres pies no es un muy buen candidato para el trapecio. Pero el caballero no lo condenará por no hacer el intento. Sólo esperará que el héroe veloz reconozca cuán alto tendrá que trepar; si cae, quizás escriba un poema, pero jamás se transformará en instrumento de justicia maldiciendo hacia el cielo o incluso al administrador del circo.

Así como no ve necesidad de rebelarse para asegurar su individualidad, el caballero no se siente obligado al conformismo para ser civilizado. Ya que él no interpreta su heredad civilizada como un conjunto de axiomas de los que debe derivar conclusiones correctas, o modelos que debe imitar, u objetivos que debe alcanzar. Lo que otros ven como restricciones sociales, para él son un tesoro de lenguajes que le permiten organizar y expresar sus pensamientos y comunicarse con otros que, sin embargo, no le pueden ordenar lo que debe decir. En resumen, el caballero no cree que su vida entre otras personas le imponga o le provea ya sea de un catecismo o de un conjunto de instrucciones respecto a cómo vivir. En vez de esto, el caballero espera que su vida entre otros hombres le permita aprender. Espera que este aprendizaje tome la forma de una instrucción que recibe de quienes son los maestros del oficio que desea aprender. El no supone que puede encontrar todo esto en un libro de hágalo-usted-mismo, ya que desea adquirir más que una técnica. Busca la percepción y el juicio que le permitirá practicar imaginativamente el oficio, a su propia manera, y esto sólo lo puede encontrar en quien practica el oficio, en un maestro viviente.

La marca de un hombre educado es la habilidad para usar un lenguaje en forma original sin distorsionarlo, y para distinguir un refinamiento fastidioso de una pulcritud pedante. De la misma forma, para el caballero el arte de vivir consiste en descubrir las nuevas interpretaciones que permite una costumbre, sin que ello produzca barbarismos impúdicos. El caballero es un defensor y estudiante aplicado de prácticas o tradiciones heredadas, ya que él goza del cambio y la individualidad.

Como, para el caballero, la vida moral toma la novedosa forma de intentar alcanzar la permanencia sin escapar de, o a pesar de, la trascendencia del mundo humano, difícilmente sorprenderá que para él las virtudes cardinales no son las tradicionales. Aun cuando tengan el mismo nombre, ellas poseen un significado distinto, ya que implican un vocabulario moral diferente. Los postulados

de este vocabulario del hombre libre se pueden resumir en las cuatro virtudes cardinales del caballero: diferenciación, modestia, coraje y rectitud.

El caballero asigna a la diferenciación el lugar ocupado por la sabiduría en la lista tradicional. Como su universo no está dividido entre una diversidad aparente y una unidad real, él no tiene interés en el tradicional ejercicio de reducir la multiplicidad a un común denominador, la ambición que llevó a Thales a descubrir el agua, a Marx a revelar las leyes de la historia y a Levi-Strauss a desenterrar estructuras. La preocupación del caballero es apreciar más certeramente la diversidad real en la unidad aparente, discriminar más cuidadosamente entre similitudes y diferencias.

Esta insistencia en discriminar cuidadosamente no hace al caballero un devoto de la tolerancia que siempre encuentra la verdad en ambos lados. Por el contrario, el caballero piensa que la afición ciega a la tolerancia es un vicio y de los peores, ya que pasa tan fácilmente por virtud. El caballero no es nadie para rechazar todas las reglas por ignorar ellas las diferencias en circunstancias, pero tampoco está tan deseoso de ser flexible que jamás toma una posición firme. Su diferenciación lo lleva a despreciar cualquier disfraz que impida apreciar la variedad y eventualidad de la vida humana.

En vez de rechazar las reglas, él es cuidadoso en distinguir distintos tipos de reglas. Reconoce que mientras en la ley la claridad explícita y la firmeza con respecto a las reglas son más valiosas que un intento confuso por alcanzar justicia perfecta, al tratar con un amigo la preocupación es hacer lo que sea correcto para él, lo que puede significar quebrar reglas que, ordinariamente, seguiría. Distingue entre reglas cruciales e importantes, significantes y pertinentes, menores y triviales. Cuando se enfrenta a un infractor, él analiza si está tratando con un excéntrico, un rufián, un villano, un pícaro, un criminal o un truhán.

El caballero no se niega a criticar o condenar a otros, ni se siente obligado a encontrar una verdad oculta en cada afirmación. En vez de ello, él reconoce que si rechaza la condena de un amigo hacia alguien como despiadada, él mismo está siendo despiadado con ese amigo; si es indulgente con el asesino, está siendo indiferente ante el destino de la víctima; si es demasiado escrupuloso como para considerar la posibilidad de una conspiración, puede llevar a su país al fanatismo armado. Pero es cuidadoso para distinguir entre una sospecha y la duda razonable, entre la malicia y el error, entre una opinión diferente a la suya y un signo del mal.

En resumen, la discriminación del caballero es un dominio de un vocabulario rico en actitudes, estilos, genios, tonos y expresiones.

La segunda, y para algunos más sorprendente, virtud del caballero es su modestia. Esta no se parece a la virtud más tradicional de humildad, ya que no implica inferioridad o desmerecimiento. Más bien, la modestia es una conciencia inagotable y penetrante sobre las limitaciones de la razón humana, especialmente de la propia. La modestia del caballero es consecuencia de reconocer que él jamás puede ver todo el mundo en cambio constante que lo rodea.

Su modestia impide que el caballero suponga que todo está o debería estar sujeto a sus manipulaciones. Nada le puede ser más ajeno que el sueño baconiano de construir un "plan seguro", o la creencia del pragmático que toda palabra o acción es un instrumento para cambiar el mundo. El caballero considera ridículas y peligrosas las propuestas para reconstruir el mundo según alguna visión de perfección. Puede encontrar satisfacción contemplando el pasado y el presente; él no es llevado a una actividad constante en pro de un nuevo futuro.

Sus inhibiciones para manipular el mundo impiden que el caballero acepte la idea común de benevolencia como sinónimo de moralidad. La veneración por la benevolencia, por hacer el bien, que es tan compartida en nuestros días, es producto de ver a los hombres como canastas de deseos e intereses, cuyas únicas opciones son, ya sea satisfacer deseos, para lo que las otras personas pueden ser sólo instrumentos o impedimentos, o sacrificar su propio placer en favor del de otros. Para un hombre tal, la vida moral sólo puede consistir en una lucha entre altruismo y egoísmo, o autosacrificio y amor propio. Al caballero, una lucha así no lo aflige ni lo santifica. Ya que él no está dedicado a satisfacer deseos, sino que a formar una persona, y supone que los otros hombres hacen lo mismo. Su vida moral se basa en consideraciones más complicadas. Y para él, en sí mismo, el autosacrificio es un pecado y no una virtud, ya que no sólo viola su privacidad, que está obligado a respetar, sino que además puede imponerla sobre otros que se preocupan de él.

El caballero es escéptico de la benevolencia, ya que está muy preocupado de entregarles a otros, como individuos, sus deberes. Su conciencia de la singularidad y del misterio definitivo de cada persona lo hacen cuidadoso de los peligros de mal entender a otros. Por supuesto, para él es inconcebible ayudar a la gente para así mejorar la especie, o para servir a la humanidad, o para practicar su propia virtud; según su forma de pensar, tales esfuerzos

niegan flagrantemente la humanidad de sus similares. El también se siente obligado a recordar que el tratar a un hombre como si fuese incapaz de dirigir su propia vida puede ser la mayor de las humillaciones. La charla sobre los derechos humanos como una guía para la benevolencia le choca y le parece la retórica de una tiranía que sacrifica seres humanos reales por ilusiones abstractas. El reconoce cuán fácilmente el actuar en favor de otros puede causar daño al equivocar o ignorar sus peculiares características y circunstancias. En todas estas formas, la modestia del caballero lo inhibe para imponerse sobre otros mediante una atolondrada indulgencia en los placeres de la caridad. El piensa que la verdadera benevolencia debe ser muy discriminatoria.

Tampoco él cree que la generosidad consiste simple o incluso necesariamente en dar más de lo estrictamente debido, sino que en recordar siempre que las conclusiones propias sobre lo que es debido pueden estar equivocadas. Consecuentemente, él está más presto a olvidar o alejarse que a insistir, resentir y pelear.

Sin embargo, esto no hace al caballero débil o indiferente. Aunque jamás piensa que siempre tiene la verdad, él está tan lejos del aislamiento de quien ha perdido interés en los asuntos humanos, como de la mansedumbre de quien se abraza al sufrimiento. Lo que hace al caballero indiferente o resignado frente a lo que otros, que aspiran a la santidad, consideran calamidades, es su disposición a aceptar la existencia humana tal como viene. Su aceptación de su propia falta de importancia, de la limitación de sus poderes, del misterio, confusión y temporalidad de todo, salva al caballero de conmocionarse o aturdirse cuando los hombres y las cosas resisten su voluntad.

Sin embargo, la modestia y la discriminación del caballero deben ser sostenidas por el coraje, que es la tercera de sus virtudes cardinales. Sin coraje, el caballero no podría resistir la especial cautela que distingue su estructura mental; sabe que ningún juicio puede ser, con certeza, correcto, y que sin embargo él no puede evitar estar juzgando continuamente. Y como no tiene verdades absolutas sobre las cuales apoyarse, el caballero necesita coraje para enfrentar honestamente las alternativas a sus conclusiones. Después de juzgar, debe tener la fortaleza para resistir voces hostiles. Porque en un mundo donde no hay nada fijo, cada juicio está sujeto a dudas y existen infinitos campos donde criticar las decisiones más juiciosas. Un hombre sacudido por cada palabra dura reducirá muy pronto su vida al absurdo. Como no puede tener la certeza de estar en lo correcto, el caballero debe ser capaz de mantenerse resuelto cuando sabe que puede estar equivocado.

Lo que distingue su coraje de la obstinación o la arrogancia, es el motivo de su tenacidad. Debe proponerse sostener su juicio, puesto que piensa que es el mejor juicio que puede hacer, y no porque encuentra que es el más fácil o conveniente de defender o creer. Por lo tanto, el caballero debe ser capaz de obligarse a ver las cosas como son y no como preferiría verlas. Aquí, como en todo, la aceptación del caballero de la incertidumbre irremediable de la vida humana lo hace un firme realista.

La última de las cuatro virtudes cardinales del caballero es la rectitud. Ella tiene, sin embargo, una importancia y carácter totalmente no tradicional en la moralidad del caballero, dado su supuesto que la experiencia humana es incurablemente mutable y rodeada de misterio, sin ninguna verdad incuestionable en la que sostenerse. Pero, aunque la peculiar importancia de la rectitud para el caballero está aliada con su respeto por la individualidad, él no encuentra uso para el tipo de autenticidad según la cual se supone que la persona es un núcleo de obstinación no adulterada que debe ser protegida contra las distorsiones impuestas por la civilización. El venera la rectitud, porque es el único remedio contra el mareo perpetuo en un mundo en constante oscilación.

La rectitud del caballero exige algo más difícil que jamás decir una mentira. Le exige no traicionarse jamás a sí mismo o engañar a otros.

Para no traicionarse, las palabras de un hombre deben ajustarse a su sólida comprensión del mundo y de sí mismo. Si sus palabras se ajustan simplemente a sus pensamientos del momento, que mañana pueden cambiar, no serán nada más que una expresión propia verdadera. Cualquiera que sólo tiene pensamientos del momento, que no se conoce a sí mismo y no tiene una personalidad propia que traicionar, que no posee comprensión sólida, no puede ser recto, aun cuando jamás diga una mentira.

Para no engañar a otros, un hombre debe advertir claramente a quién se está dirigiendo, con qué propósito, en qué tiempo y lugar. La rectitud del caballero, lejos de exigirle un olvido del mundo humano contingente, tal como lo hace el imperativo categórico de Kant, le exige discernir y tomar en cuenta las identidades personales y las circunstancias peculiares. Está obligado a hablar en forma diferente a los amigos y a los extraños, en privado y en público, y hablar con la verdad jamás es su única o necesariamente suprema obligación. Sin embargo, su preocupación por el contenido concreto de las manifestaciones no debe degenerar ya sea en una pérdida intencional de objetividad o en un manejo presuntuoso de otros. Y su rectitud depende de ser muy cuidadoso

con respecto al peso y límite de las palabras; la precisión en el lenguaje está en el centro de la moralidad del caballero. Esta es una de las razones por las que una educación liberal, que se supone que enseña por sobre todo a cómo leer, escribir y hablar, ha sido asociada tradicionalmente con la urbanidad.

El nuevo carácter de las virtudes del caballero lo hacen un "igualitario" que no acepta ninguno de los compromisos hechos por los "igualitarios" de moda. A distinción de ellos, él rechaza todos los llamados a "fines superiores", tales como "humanidad" o "progreso", que justifican el usar a los hombres cómo medios. El no es snob. Su respeto por el hombre es independiente de la ocupación, educación o status. El caballero no reconoce la nobleza hereditaria entre ocupaciones, tales como las que veneran los "igualitarios" profesionales. Ya que él rechaza la creencia en una jerarquía *of being ascending to pure spirit* que hace plausible ordenar a los hombres según su ocupación, ubicar a los doctores por sobre los granjeros, a los científicos por sobre los hombres de negocio, a los profesores por sobre los carpinteros.

En el mundo del caballero, ninguna ocupación lleva en sí misma una connotación de inferioridad, ya que la calidad de un hombre no depende de su habilidad para trascender la existencia humana, o para someterse a algún modelo universal, para llegar a ser espíritu. Lo que cuenta es cómo se conduce en su paso por la vida, cuán claramente percibe las limitaciones y distinciones, cuán delicadamente puede apreciar y acomodarse a otros distintos a él, cuán certera y seguramente juzga las circunstancias en las que se mueve y lo que es apropiado para él. La profundidad, discernimiento y firmeza con que un hombre se comprende a sí mismo y a su mundo deciden su calidad. Fácilmente el hombre superior puede ser un agricultor, un zapatero, un cervecero o un banquero, así como un matemático, un bailarín o un cocinero. Puede haber dejado el colegio a los diez años o ser un economista.

En el mundo del caballero, el valor de la educación es una iniciación en formas más variadas y refinadas de imaginar y responder preguntas sobre el mundo propio. A los ojos del caballero, ningún certificado puede establecer la calidad de un hombre, ni tampoco puede desfigurarlo la falta de conocimiento. Sin embargo, seguramente la ignorancia del punto donde termina su conocimiento hará de él un paria. El graduado universitario que no está consciente de lo que hace sin saber, quedará por debajo de un analfabeto que sabe lo que es. El comerciante puede ser más sospechoso que el profesor, ya que tiene más probabilidades de éxito tratando a\* los otros como objetos manipulables, para hacer-

los comprar más caro y vender más barato. Sin embargo, un comerciante que intenta servir bien a sus clientes se ubicará por encima del académico que escribe para obtener una promoción. En el mundo del caballero, los filósofos-reyes pueden ser esclavos, mientras que los sastres, dioses entre los hombres.

El tipo de igualdad que preocupa al caballero no se relaciona más con lo que uno tiene que con lo que uno hace para vivir. Desigualdades en ingreso, rango, o logros no pueden dañar el autorrespeto del caballero, ya que éste depende exclusivamente de lo que piensa con respecto a su comportamiento. Según su punto de vista, un hombre que supone que su calidad sube y cae inversamente con la fortuna de su vecino no tiene nada que perder.

Su conciencia de la diferencia entre los hombres y los dioses facilita también al caballero reconocer que un ser mortal puede querer liberarse de gastar tiempo y energía en la decisión de algunos asuntos, para así dedicarse a otros. Por lo tanto, es probable que el caballero piense que es un privilegio y no una privación el tener algunas condiciones de su vida decididas por él. El que otros puedan decidir en forma diferente a lo que él hubiese deseado, es sólo otro aspecto de una existencia donde casi todo será algo diferente de lo que uno hubiese deseado y, sin embargo, esto puede no hacerla despreciable. El caballero, de la misma forma que no intenta volar moviendo los brazos, no igualará el autorrespeto con el decidir todo en la vida propia.

No puede ser una humillación que un trabajador confíe en otros para organizar la producción a la que está dedicado, o para que le provean de materiales y herramientas. Puede ser una molestia, pero también puede ser una liberación de la responsabilidad y riesgo. Lo que sí es importante para el caballero es que pueda elegir entre distintas condiciones de trabajo, o pueda intentar crear aquellas que no están disponibles para él. Pero él siempre distingue entre ser dependiente y ser forzado, entre una falta de habilidad para hacer o adquirir lo que desea, y ser usado por otros.

Así, la moralidad del caballero nos ofrece un conocimiento coherente y preciso de aquello a lo que han aspirado los hombres cuando hablan de alcanzar la individualidad y la libertad. Esta forma de ver la vida humana puede explicar cómo se pueden asociar los hombres sin ser similares o sumisos, sin ser reducidos a partes de un todo superior, sino que reconocidos como distintos, independientes y de igual valor. Nos permite aceptar la multiplicidad e impredecibilidad de la vida humana sin abatirse por ello, o sin estimular sueños destructivos. Nos muestra por qué no

estamos obligados a rebelarnos contra nuestra herencia civilizada para así asegurar nuestra individualidad.

Ahora podemos responder a esta pregunta: ¿Si creemos que se debe estimular la excelencia moral, por qué no usamos al gobierno para promoverla? La respuesta corta es que lo que entendemos por excelencia moral es lógicamente inconsistente con el diseñar leyes para producirla. Ya que es un tipo de excelencia que no consiste en un grupo de objetivos que todos deben buscar, o un modelo al que todos los hombres se deben ajustar. Consiste en la habilidad de cada hombre para construirse una vida coherente y autosuficiente según su propia manera, respetando al mismo tiempo los esfuerzos de otros para hacer lo mismo.

Las leyes diseñadas para producir un logro tal son una contradicción, ya que lo que es intrínsecamente único a cada hombre, y no circunstancial, no puede resumirse en una regla. El tipo de excelencia moral a la que aspiran los hombres libres se ve necesariamente estorbado por un gobierno que actúa como una empresa para producir "la buena vida", incluso si eso se define muy abstractamente como la realización de las potencialidades humanas en el orden correcto. Porque un objetivo tal implica que los seres humanos individuales son instancias de una especie y no personas con destinos únicos. Hasta el grado que los individuos son tratados por el gobierno como medios para alcanzar un propósito sustantivo común, cualquiera sea su naturaleza, su carácter como personas únicas es deformado y su búsqueda de identidad es desbaratada.

Los hombres que gobiernan su conducta según la moral del caballero, piensan de su vida con otros hombres no como una empresa para alcanzar esto o aquello, sino como una asociación civil. Una asociación tal no tiene objetivos sustantivos de ninguna clase. No es algo como un hospital o un colegio. No va a producir más salud o educación, o ni siquiera riqueza o buenos ciudadanos. Su propósito es hacer reglas para la vida comunal de hombres que se ven a sí mismos como personas únicas, que desean llevar adelante sus propios proyectos y esperan asociarse con otros que comparten este enfoque.

Los hombres libres que viven según la moral del caballero no se sienten amenazados por las reglas como tales. Ellos les dan la bienvenida como uno de los recursos para ordenar sus vidas. Por sobre todo, es el carácter de las reglas lo que los preocupa. El tipo de reglas que ellos esperan del gobierno de una asociación civil son aquellas que establecen condiciones que todos los miembros deben tomar en cuenta cuando deciden cómo dirigir sus vidas. Lo



que interesa es que estas reglas no degeneren en órdenes o instrucciones con respecto a lo que hacen.

También es esencial que no se decidan estas reglas equilibrando intereses, pues los miembros de una asociación civil no se ven a sí mismos como canastas de intereses compitiendo unos con otros.

Las reglas que se diseñan deben depender de lo que hombres viviendo en tiempo y lugares particulares consideren esencial para preservar la vida comunal que valoran. Por supuesto, una asociación civil jamás dará la bienvenida a leyes que dirijan a los hombres a pensar o hacer esto antes que aquello. Pero ellos esperarán algunas leyes que desalienten ciertos tipos de comportamiento, aunque el único campo legítimo para una prohibición tal siempre será que el comportamiento en cuestión haga imposible o demasiado azaroso que otros miembros de la asociación lleven adelante sus proyectos privados o gocen del tipo de vida comunal que valoran.

Es concebible que tales leyes puedan prohibir la venta de ciertos tipos de publicaciones, pues ellas son consideradas "inmorales". Pero en una asociación civil, el único campo permisible para tal prohibición es que el tipo de publicación en cuestión ponga en peligro o destruya el respeto por la individualidad racional de cada ser humano. Lo que hace a éste un campo permisible es que el compromiso con el respeto tal es la base moral de una asociación de hombres libres que aspira a la individualidad. Cualquier cosa que se diseñe para destruir esta base puede considerarse legítimamente materia de prohibición. Pueden existir fuertes razones de otro tipo para rechazar por ley una prohibición así: que el peligro es trivial, dudoso o temporal; que las leyes no pueden ser diseñadas o implementadas con precisión; que son muy costosas o que introducirán peligros de otro tipo. Pero, en sí misma, una acción gubernamental que proteja la base moral de una asociación civil, entendida como el respeto por la identidad única de cada hombre, es absolutamente compatible con la moralidad del hombre libre.

Aunque puede ser difícil decidir si es que o cómo se debería tomar una acción tal, ello no arroja dudas sobre la necesidad de reconocer una obligación moral tal en una asociación de hombres libres. Tanto la obligación como la dificultad de observarlo son resultado de reconocer que los seres humanos siempre pueden interpretar en forma diferente las mismas circunstancias. Aquellos que suscriben a la moralidad del hombre libre aceptan esta capacidad como su carga y su gloria.